

MUNIBE (Antropología-Arkeología)	nº 62	207-226	SAN SEBASTIÁN	2011	ISSN 1132-2217
----------------------------------	-------	---------	---------------	------	----------------

Recibido: 2011-10-26
Aceptado: 2011-12-07

Un *rara avis* de la alfarería Prehistórica en Asturias: las sugerencias inducidas del Vaso Neolítico (IV milenio a. de C. TL) de la Hoz de los Cavíos (Piloña)

A rara avis of Prehistoric pottery in Asturias: cultural aspects suggested by the Neolithic Vessel (TL: IV millennium bc) from la Hoz de los Cavíos (Piloña).

PALABRAS CLAVES: Asturias, neolítico, cerámica, datación TL, anotación simbólica de desfiladeros y pasos estratégicos, megalitos y túmulos.

KEY WORDS: Asturias, Neolithic pottery, TL dating, symbolic marking of strategic ravines and passes, megaliths and barrows.

GAKO-HITZAK: Asturias, Neolitoa, zeramika, TL datazioa, haitzarteen eta iraganbide estrategikoen anotazio simbolikoa, megalitoak eta tumuluak.

Miguel Ángel DE BLAS CORTINA⁽¹⁾

RESUMEN

La cerámica prehistórica anterior al Edad del Hierro es apenas conocida en Asturias, tal vez por su propia escasez, probablemente sustituida por recipientes corruptibles. El hallazgo solitario de un vaso de gran calidad técnica y cuidada decoración, depositado en una pequeña cueva situada en el fondo umbrío e insalubre de un desfiladero da pie a distintas consideraciones sobre su posible significado.

Fecha la vasija por el método TL en el IV milenio a. de C., su ubicación en un claro paraje de conexión y ruptura entre ambientes naturales muy distintos, abona la hipótesis de la anotación simbólica de los lugares de paso y de articulación de universos económicamente complementarios propiciando, además, la revisión de la naturaleza y distribución las huellas de la vida neolítica en un territorio crucial en sector centro-este asturiano.

ABSTRACT

Prehistoric pottery before the Iron Age is hardly known in Asturias, perhaps due to the scarcity of such material itself, which was probably replaced by perishable containers. The finding of a painstakingly decorated solitary vessel of high technical quality, deposited in a small cave in the shady, insalubrious bottom of a ravine, gives rise to different considerations as to its possible significance.

Dated by the TL method as being from the 4th millennium BC, the vessel's location in a spot clearly linking very distinct separated natural environments provides support for the hypothesis of the symbolic marking of places of transit and of the articulation of economically complementary universes, thus leading to further review of the nature and distribution of the traces of Neolithic life in this key area in East-Central Asturias.

LABURPENA

Burdin Aroaren aurreko historiaurreko zeramika ez da batere ezaguna Asturiasen, beharbada oso gutxi dagoelako, eta baliteke ontzi galkorrek inordez delako. Haitzarte baten hondo itzaltsu eta osasungaitz batean kokatutako koba txiki batean zegoen kalitate tekniko handiko eta dekorazio oneko edalontzi baten aurkikuntzak bere esanahiari buruzko hainbat ohar egiteko aukera ematen du.

Ontzia TL metodoaren bitartez Kristo aurreko IV. milurtekoan datatuta dago eta oso desberdinak diren giro naturalen arteko konexio- eta haustura-paraje argi batean kokatuta dago, eta horregatik iraganbideen anotazio simbolikoaren eta ekonomikoki osagarriak diren unibertsoen artikulazioaren hipotesia indartzen du, eta horrez gain, Asturiasko erdi-ekialdeko sektoreko gurutzbide-lurralde batean bizitza neolitikokoaren arrastoen banaketa eta naturaren berrikuspena dakar.

1. OBSERVACIONES PRELIMINARES SOBRE LA INFRECUENCIA DE LA CERÁMICA PREHISTÓRICA EN EL ESPACIO DE LA ACTUAL ASTURIAS

La aproximación a las fuentes arqueológicas es acusadamente desigual según los territorios, las épocas y las tendencias culturales predominantes. Es de entender, en consecuencia, que lo que en una región resulta intrascendente por la común e incluso abrumadora presencia de elementos similares, sea en otra referente de valor o, más aún, testimonio excepcional.

Ocurre así con la alfarería en la Asturias anterior a la Edad del Hierro, etapa prehistórica postrera en la que con la frecuencia de los asentamientos castreños, y el proceso de sedentarización al que responden, se hace más habitual y arqueológicamente registrado el uso de los vasos cerámicos.

Tiene sentido este preámbulo para advertir de las circunstancias que envuelven a la exigua actividad alfarera en los milenios prehistóricos de Asturias. El balance entre el uso de los vasos de barro y los de madera o cuero hubo de ser en nuestra re-

⁽¹⁾ Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Campus de Humanidades. Universidad de Oviedo. 33071 OVIEDO.

gión, no nos caben muchas dudas, más favorable a los dos últimos y, al respecto, siempre conviene recordar como entre los montañeses asentados en la Iberia septentrional, en palabras de Estrabón, era común el empleo de "vasos labrados de madera, como los celtas" (*Geografía* 3,7).

El repertorio cerámico de las sociedades en evolución desde el primer neolítico hasta la cristalización de los hábitats fortificados a inicios del primer milenio a. de C. no puede ser aquí más escueto, circunstancia que quizá no se deba atribuir al carácter parcial del conocimiento del pasado que hasta hoy se vino formulando. La exuberante ollería de otras regiones más áridas, en las que siempre fue importante la actividad agraria, contrasta acentuadamente con lo que vemos en la llamada España Húmeda donde es constante durante los milenios de la Prehistoria reciente tal escasez, injustificable si no cupieran otras formas de almacenamiento de alimentos y de elaboración culinaria.

Así, entre los someros vasos que documentan la novedad técnica de la alfarería, habría que reseñar los mínimos y apenas expresivos trozos que nos llegaron confundidos en el amasijo de los concheros asturianos, de original génesis mesolítica, extendidos a lo largo de la costa oriental de la región, en los que ya reparara hace casi un siglo Hugo Obermaier, presumiblemente siguiendo la información allegada por el Conde de la Vega del Sella en sus excavaciones de cuidada atención estratigráfica en tierras de Llanes (Obermaier 1916), insistiendo el prehistoriador bávaro en el carácter ya tardío de los cúmulos de conchas en los que tenían lugar tales hallazgos (Arias Cabal 1996). El propio Vega del Sella señalaría años después que el "final del asturiense linda con los niveles que contienen cerámica" entendidos como correspondientes con el neolítico (Vega del Sella 1923:41), pero es probable que esa novedad técnica se produjera en las cavernas de Llanes de modo muy modesto por lo que nunca el aristócrata arqueólogo llegó a prestarles mayor atención. Precisamente de una de las que investigara en 1914 y 1915, la del Cueto de la Mina, en Posada, proceden sin datos pertinentes a su posición estratigráfica algunos fragmentos de un cuenco hemiesférico y de otro de carena baja, vasos de tamaño medio y clasificación incierta aunque probablemente ubicables en momentos neolíticos tardíos o incluso ya en fases de conoci-

miento de la metalurgia del cobre, materiales de los que no tendríamos noticias hasta fechas relativamente próximas.

Procedían presumiblemente aquellos recipientes del área señalada por el conde como "Segunda sección" en la que se hallaba una capa de tierra negra, "mezcla de vegetal y hogares, que contenía teja romana, cerámica de muy distintas épocas, lascas de cuarcita y sílex del paleolítico superior y del preneolítico" (Vega del Sella 1916: 15).

La misma vaguedad sobre la naturaleza cerámica es la anotada, -en rigurosa contemporaneidad ya que se excavaba también en 1914 y 1915-, en otra caverna, la de La Paloma (concejo de Las Regueras), donde la rebusca codiciosa de unos perseguidores de tesoros, -quienes ya habían reparado tras un primer sondeo en la presencia de escorias, huesos, astas de ciervo, y de "vasijas toscas"-, provocaría la destrucción y vaciado de las capas superiores de lo que había sido un yacimiento de notable potencia estratigráfica. Hernández Pacheco anotaría escuetamente la existencia de enterramientos en lo que consideró niveles neolíticos puesto que se habían hallado esqueletos humanos, todo ello destrozado por los ilusos rastreadores de la imaginaria riqueza soterrada (Hernández Pacheco 1923: 9 y 37). En el Museo de Ciencias Naturales de Madrid se conservan entre los materiales de La Paloma, por radicar allí en la época de las excavaciones la sede de la Comisión de Investigaciones Prehistóricas y Paleontológicas patrocinadora de aquella investigación, varios fragmentos de vasijas de grosor medio, en algunos casos bruñidas o espatuladas, ofreciendo dos de los trozos una decoración limitada a simples incisiones (Barandiaran 1971); un lote, en resumen, tan heteróclito, -algunas piezas fueron torneadas-, como incierto y sin que, en todo caso, se pueda clasificar en conjunto como de factura neolítica (Martínez Navarrete y Chapa Prunet 1980: 125-130).

Habrían de transcurrir muchos decenios hasta que se registrara el que sigue siendo el único caso manifiesto de un cierto consumo alfarero, descubierto, como no podría ser de otro modo, en una caverna largo tiempo usada como ámbito doméstico: la cabraliega Cueva de Arangas (Arias y Ontañón 1999), donde yacían un buen lote de fragmentos procedentes de un número incierto de vasos de manufactura tosca y pastas groseras, cocidos en ambiente poco aireado. El predominio

de las formas ovoides con fondos planos y orejetas de presión cerca de los bordes corresponderían a vasos grandes (de hasta treinta centímetros de diámetro) de gruesas paredes. La ornamentación se cumple con cordones de arcilla y algunos motivos sumarios realizados por impresión y aplique de los dedos.

Aparte de esos vasos ordinarios, de uso cotidiano, había otros de factura más cuidada, piezas de pequeño tamaño, de pastas bien decantadas y grano relativamente fino y un acabado a base de espatulado y bruñido de las superficies, en algún caso recubiertas de engobe. Si bien se trataría de formas sencillas, varias ofrecen perfiles más pensados, recurriendo a carenas y cuellos sinuosos o vueltos. Aunque se trate mayoritariamente de vasos lisos, hay también un cierto número de los decorados con motivos incisos, trazos de líneas y puntos, o temas en espiga que remiten al magro lote alfarero, el más clásico de la prehistoria regional, de la espelunca sepulcral de El Bufón (Vidiago, Llanes (Fernández Menéndez 1923).

Proceden de esta última torca fragmentos de pequeños cuencos semiesféricos de los que uno se conservaba casi entero, pero todos de pastas negruzcas y mal cocidas, si bien otros, algo mejores, presentaban decoraciones incisas con el motivo dominante de la hoja de acacia; en conjunto, una serie de rasgos muy personales que no impedirían su filiación, a la altura de 1930, en el ambiente de lo que por entonces era conocido como "neolítico de la cuevas", mientras que algún trozo más con el ornato a base de incisiones quebradas, enmarcadas por bandas de líneas paralelas, responderían a una "innegable" influencia del vaso campaniforme, "llegado a Asturias acaso a través de Castilla, muy diluido y desfigurado..." (Santa-Olalla 1930: 116-123). Posteriormente hubo también de reparar J. Maluquer en estos parcos vasos asturianos, para interpretarlos como testimonio de la extrema extensión, "cerca de las montañas al norte de La Meseta", de la tradición alfarera Boquique (Maluquer 1956: 194).

No es improbable que la señalada copiosidad de la cerámica de la Cueva de Arangas, fuera el fruto de la acumulación plurisecular, la huella de generaciones refugiadas en la misma, por lo que el cociente entre número de vasos y episodios de vida en el porche de aquella gruta relativice la entidad del consumo de los contenedores cerámicos por sus ocupantes. En todo caso, la datación

TI de alguna de las piezas de Arangas apunta al Bronce Antiguo y, desde luego, los ejemplares publicados, resultan bastante diferentes del vaso objeto de este artículo.

Por otra parte, podemos aceptar como provista de fundamento la idea de que la cerámica tampoco fue en Asturias un elemento integrante de la ritualidad funeraria neolítica. Un primer síntoma de esa pertinaz ausencia se encuentra en las noticias relativas a los megalitos y túmulos de indagación sumaria en épocas pasadas, en todo caso con rigor muy desigual, desde el ejemplo ilustre del dolmen de la Capilla de Santa Cruz, en Cangas de Onís, o los de Abamia y Mián, todos explorados a fines del XIX (Vega del Sella 1918), hasta la serie de arquitecturas tumulares de estructura interna diversa como los que el período de entreguerras prospectara en la llanisca Sierra Plana de Vidiago de La Borbolla (Fernández Menéndez 1931).

Indagaciones posteriores, poco más que una apresurada exhumación de las extrañas cámaras circulares de muro con mampuesto, en túmulos de los concejos astur-occidentales de Tineo y Allande, no reseñaron el menor resto alfarero (Bouza Brey 1963). Si el método seguido adolecía de una tremenda falta de rigor, no es menos cierto que a los operarios encargados de las "exhumaciones" podría pasarles fácilmente inadvertida una pieza microlítica, nunca un recipiente cerámico de fácil advertencia para cualquiera.

El mismo sesgo se sigue ya de las excavaciones sistemáticas y con cuidado control de túmulos y megalitos posteriores a 1976. El inventario es ya cuantioso: conjuntos monumentales de La Coberteria, La Llaguna de Niévares, Monte Areo, Monte Deva y Piedrafita de Soto, además de la excavaciones en los megalitos de El Cantón, Penausén, etc.,- de cuya fatigosa enumeración y referencia bibliográfica prescindimos aquí²-, pero la constante falta de cerámica, más allá de fragmentos de presencia accidental, minúsculos y sin valor informativo (es el caso, por ejemplo de los apreciados en el dolmen C de la Llaguna de Niévares; de Blas Cortina 1992 y 199 b).

Algo semejante cabe decir de los hallazgos de carácter sepulcral en algunas cavernas de los que acaso se podrían tomar como ejemplos las anotaciones relativas a dos casos de interés: el de la Cueva del Palacio, en Grao (de Blas Cortina 1983: 93) y el de la Cueva la Vieya, en Quirós, en las que

se habla de la presencia de hachas, de piedra o metálicas, o de un puñal de cobre, pero sin la menor alusión a algún vaso de barro poco eludible si hubiera sido hallado. Con mayor precisión, lo que se entiende como depósito mortuario en un retirado y de difícil acceso paraje cavernario, en el montés lugar de Fontenegro (Sierra de Cuera, Llanes), la joven inhumada en lo que en aparente contradicción sería una exposición aérea, tuvo como viático algunos huesos de oveja o cabra (Barroso *et al.* 2007), adornada la mujer con un par de pulseritas de bronce; en ningún caso con un recipiente cerámico cuya permanencia habría sido segura en un contexto cerrado e intacto.

En fin, todo lo expuesto tiene como propósito delimitar el incierto ámbito de conocimiento en el que pueda ser asentada una pieza cerámica de patente calidad, descubierta en una gruta en el lugar de Los Cavíos, en la Asturias central.

2.- LA SINGULARIDAD GEOMORFOLÓGICA DEL PARAJE DE “LOS CAVÍOS”

Un corto, unos 6 km. en vuelo de pájaro, y activo curso fluvial de montaña, - afluente por la derecha del Piloña, que a su vez lo es del Sella-, conocido como río Valle, excava su estrecho valle de raudas laderas sobre el zócalo rocoso en el que se suceden masas de cuarcita y caliza. En su

tramo medio alto, el Valle, pronuncia su encajamiento hasta determinar una angosta garganta que en tramos no supera los 8 o 10 metros de anchura entre paredes de evolución subvertical.

La relativa complejidad litoestratigráfica de la zona transitada por el arroyo, solapándose los paquetes de calizas cretácicas sobre las más viejas cuarcitas del ordovícico inferior, da lugar a las variaciones morfológicas de su cauce. La mayor solubilidad de la caliza, y la secuencia de grietas de origen tectónico que la debilitan propiciaron, en el sector dominado por la roca cretácea, un cierto ensanche del cauce y, como fenómeno más llamativo, una secuencia de covachas y pequeñas grutas de alineación subhorizontal, elevadas pocos metros sobre el discurrir actual de las aguas fluviales (Fig. 1).

La sucesión de orificios cársticos se produce particularmente en la base del pilar calcáreo cuya cota cumbre se sitúa en 538 m., según los mapas topográficos. El paraje es conocido como “Los Cavíos”, topónimo que bien pudiera haberse fijado merced al protagonismo innegable de la serie de pequeñas cavernas, tal vez derivado de un diminutivo del latín *cauum-* i, cavidad, agujero, en la forma *caviculum* de la familia *cava*, cueva, etc³.

El lugar (Fig. 2), a una altitud de 430-440 m. s. m., tiene como coordenadas 43° 19' 4" de latitud y 5° 19' 6" de longitud, meridiano de Greenwich,

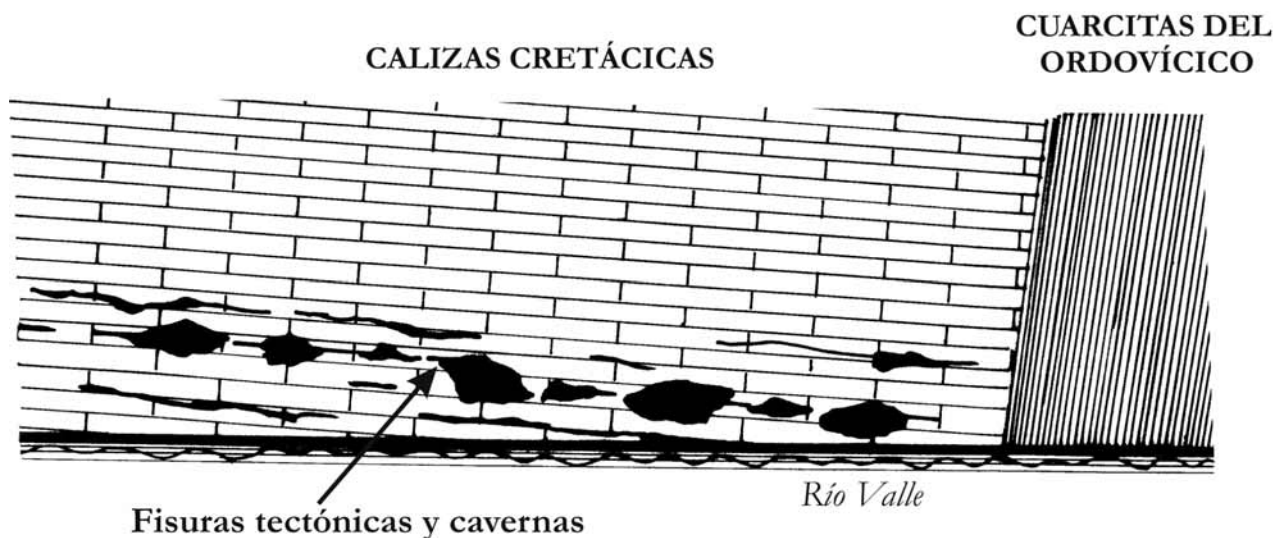


Fig. 1. Litoestratigrafía sumaria de la hoz de Los Cavíos y la situación en su base de la secuencia de pequeñas cavidades cársticas. (M. Á. de B).

² En todo caso para una aproximación a parte de la bibliografía al respecto puede seguirse la incluida en de Blas Cortina 2006.

³ Nuestra sospecha sobre tal procedencia fue ratificada, siempre con las cautelas que toda interpretación toponímica conlleva, por el prof. X. Ll. García Arias, catedrático de Filología Hispánica de la Universidad de Oviedo.

según el *Mapa Topográfico Nacional de España 1:25.000*. Hoja 54-2 (Rioseco).

El desfiladero de Los Cavíos (Fig. 3 y 4), la angosta hoz, da paso al corto río que nace en el vértice de cordales conocidos como Montes del

Bedular y de Pesquerín, preludio de un complejo sistema orográfico que alineado en sentido NO-SO va ganando en altitud con una primera elevada cumbre reseñable, Les Vizcares, de 1.420 m, proseguida por el El Tornu, de 1.551 y el Picu

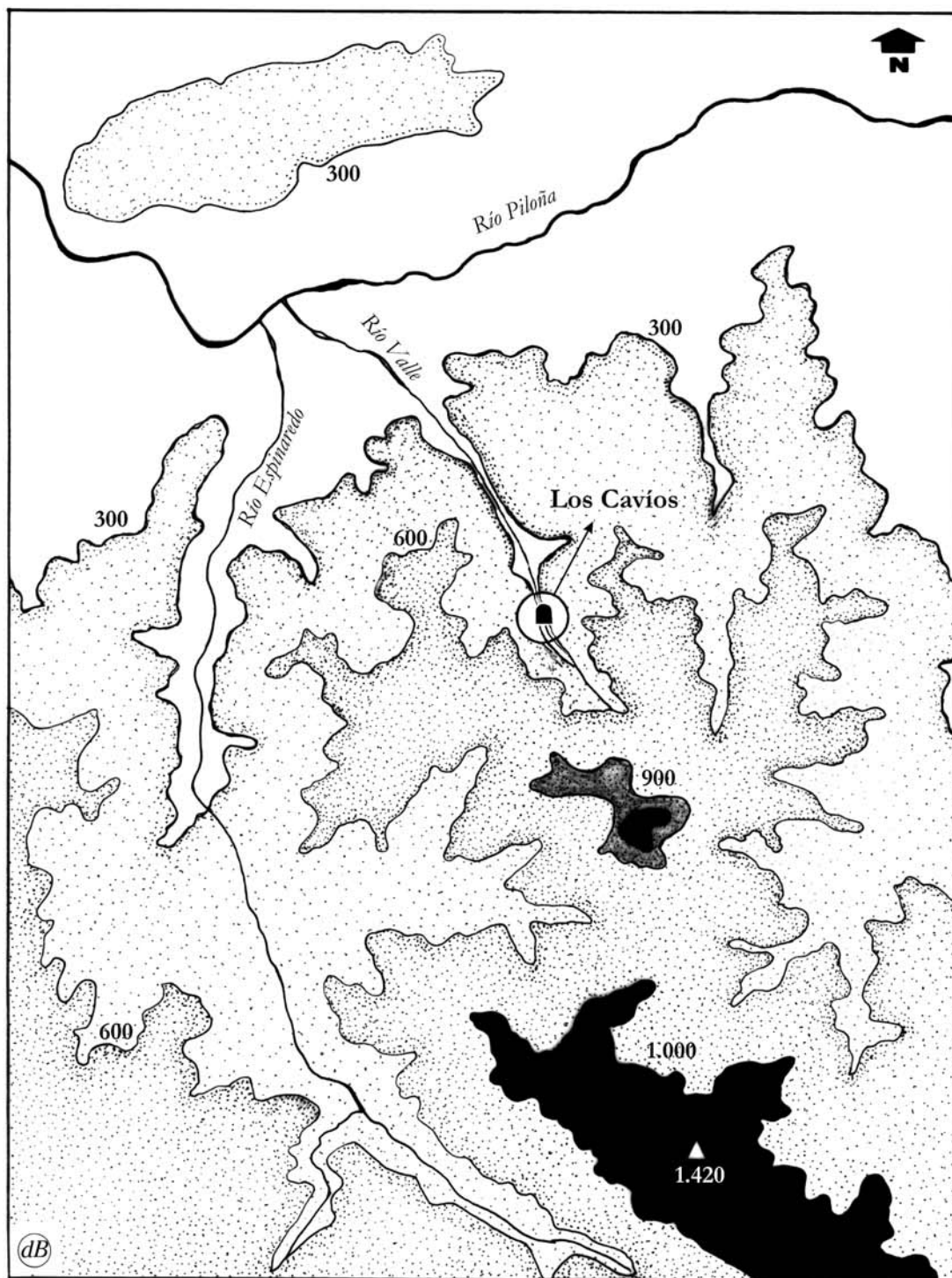


Fig. 2. El inicio de la garganta de Los Cavíos, excavada por el río Valle, visto desde el norte. (M. A. de B).

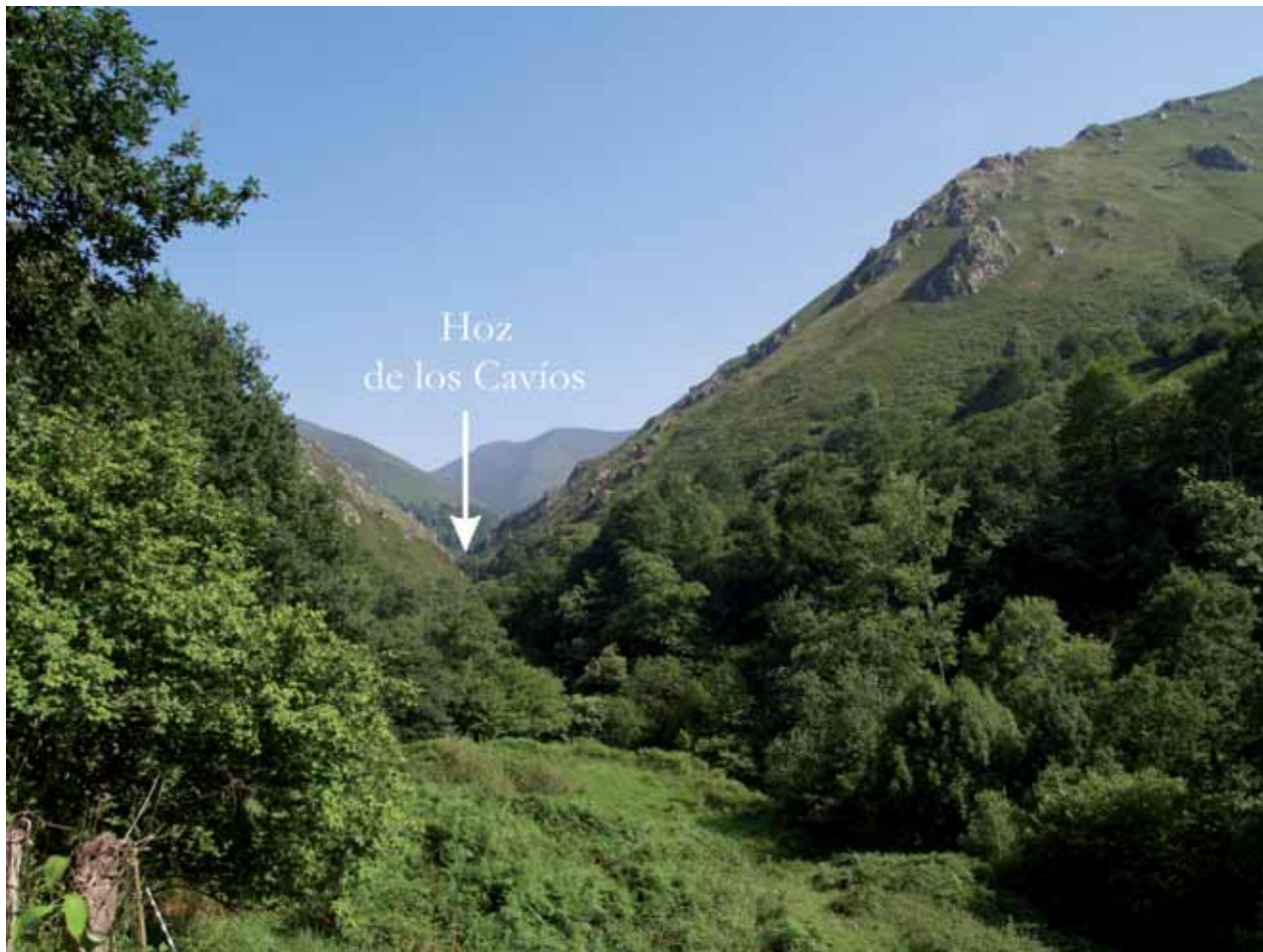


Fig. 4. El desfiladero de Los Cavíos desde el SO. (Image © 2001GeoEye.Google).

Tarañes, de 1.759 m., cercano ya este último a la más notable cumbre del Tiatorodos, que alza su cumbre hasta 1.951 m. Se trata, en suma, de la extensa secuencia de montañas que separa las cuencas hidrográficas del Sella y Nalón; la sucesión de altos parajes que también uniría, -en un régimen de transterminancia pastoril muy propio del sistema neolítico de subsistencia-, las tierras regadas por el Piloña, -en la depresión prelitoral asturiana marcada por un alargado, en dirección E-O, afloramiento de materiales cretácicos-, con las tierras de Caso, en el alto curso del río Nalón y, a la larga, en progreso al S-SE, con el cordal del Ponga y los altos collados que permiten el tránsito de la cordillera cantábrica hacia la cabecera de la cuenca hidrográfica del Esla ya en el reborde septentrional de la Cuenca del Duero.

La hoz de Los Cavíos, intrascendente y marginal para nosotros, hubo de mostrarse, sin embargo, como claro referente en la comprensión de

la estructura territorial en sociedades primitivas, marcando la angosta garganta roqueña tanto la ruptura como un cierta forma de continuidad entre las tierras bajas y los abruptos y elevados cordales esculpidos sobre los resistentes materiales silícicos del paleozoico.

En una de aquellas covachas de morfología repetida, cortas, estrechas, en vertiente de umbría al orientarse la pared caliza hacia el NE., fue hallado el vaso motivo de este artículo, descubierto en trozos dispersos en dos cámaras contiguas, ya alejadas de la boca, estrechas y de techo bajo. Los trozos yacían sobre el suelo o muro, en el que sólo se pueden anotar algunos clastos calizos. La gruta, de mínimo porche colgado sobre la pared caliza, de boca estrecha y bajo techo, en parte colmada por masas de travertino y rellenos arcillosos no reúne condiciones de habitabilidad más allá, como cualquier otro agujero, de ofrecer un inconfortable y breve cobijo. Nada apunta, en suma, a un uso residencial de la espe-

lunca, acaso apropiada para un uso sepulcral del que, sin embargo, no detectamos el menor indicio.

3.- CARACTERÍSTICAS DEL VASO ORNADO Y SU FECHA TL

Recubiertos por una película de carbonatos, los fragmentos parecían aleatorios y de escaso interés hasta que su lectura y análisis mostraron la calidad del único vaso original una vez eliminados las costras y sales insolubles (Fig. 5).

El recipiente identificado fue objeto de restauración en mayo de 2000 en el Laboratorio arqueológico dependiente de las excavaciones de

Chao Samartin, en Grandas de Salime. De los dieciséis trozos allegados fueron doce los que permitieron la reconstrucción de la pieza tal como ahora se presenta: una vasija de fondo cóncavo, amplia boca de un diámetro estimado de 230 mm. y paredes de 6-7 mm. de grosor, cuya morfología sólo se ve alterada por la disposición del borde,- plano, ensanchado por una cinta o labio dibujando su unión con la pared una sección en T, de 14-15 mm. de ancho, - y un ligero aunque bien delineado baquetón en el tercio superior que corre paralelo al plano establecido por la boca.

La pasta, de notable consistencia intergranular, no deja de ofrecer sutiles indicios de fractura

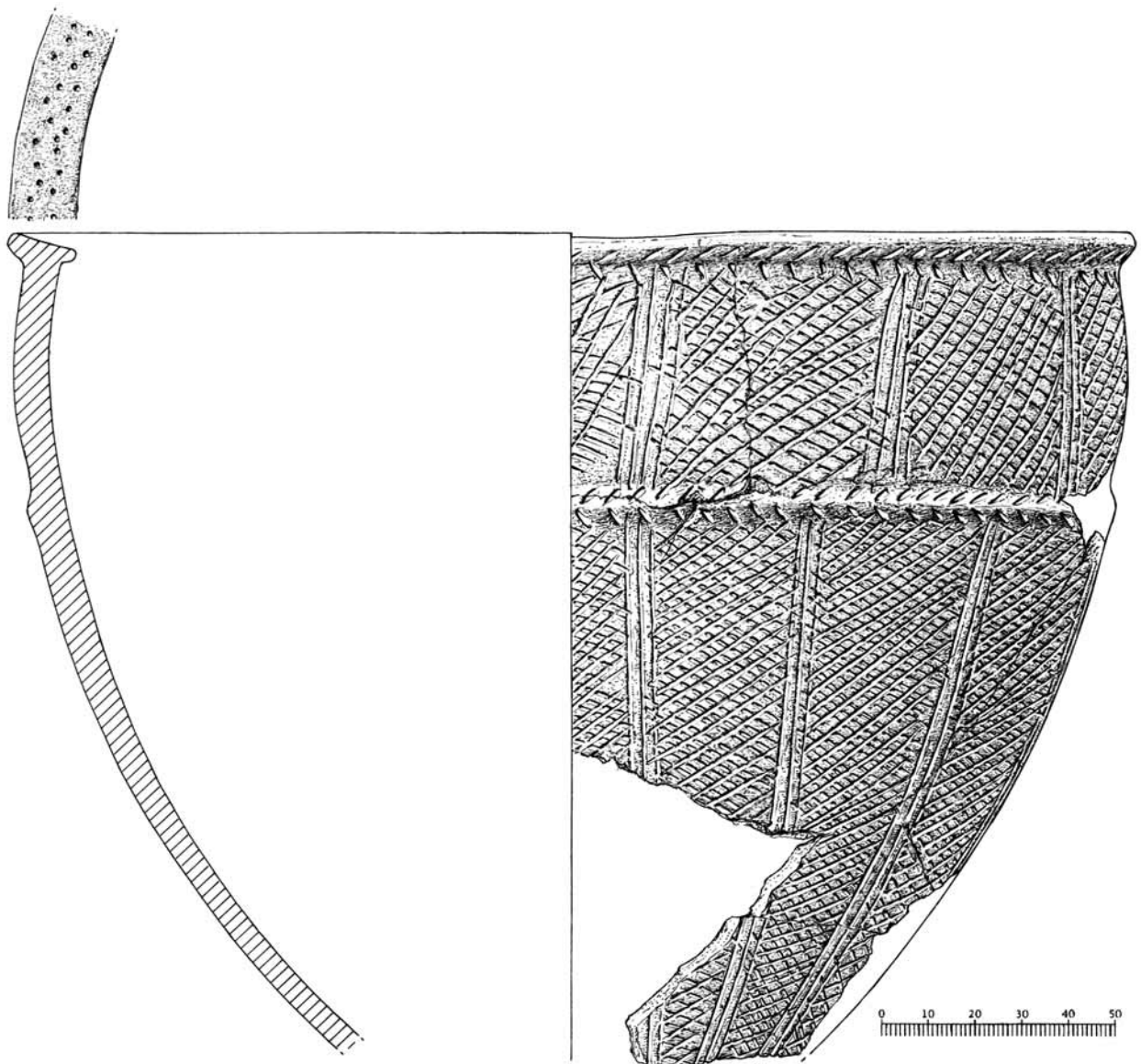


Fig. 5. El vaso de Los Cavíos. (Dibujo de Ángel...).

en algunos puntos, acaso atribuibles, dada su procedencia en el suelo de una caverna, y por tanto sin las presiones esperables en una posición soterrada, al proceso de secado y cocción. Por su parte, la ligera laminación observable en algunas zonas es muy probable que provenga del proceso, algo irregular, del amasado de la arcilla.

En general de color pardo- anaranjado al exterior, es de grano medio y apenas desgrasantes salvo alguna episódica partícula muy fina de cuarzo. El modelado a mano se distingue claramente en la superficie interior por la irregularidad, discreta, de las bandas de presión digital y por el, aunque tenue, distinto grosor de la pared. Con una gama cromática pardo/gris/negro, derivada de la cocción en ambiente reducido, ofrece por dentro el bruñido que le aporta un agradable tacto. La regularidad cromática, siempre oscura, en el interior, y las variaciones en color de la superficie externa con áreas de tonalidad naranja en contraste con otras ennegrecidas y una zona quemada cerca del borde, permiten suponer el cocido con el vaso boca abajo.

Alisado, espatulado y bruñido no sólo persiguieron un buen aspecto, si no también corregir la porosidad del barro. Igualmente, la calidad de la pasta, consecuencia de un proceso atento de limpieza, mezcla y amasado, delata el esfuerzo del alfarero por obtener una vasija especial.

La ornamentación incisa con trazo U cubre todo el vaso, generando una fuerte impresión visual aunque temáticamente se limite a un dispositivo reticular transitado por bandas de líneas que corren verticalmente segmentando en metopas el campo ornado. Sólo escapan a esa monotonía la secuencia de puntadas en espiga en el borde y baquetón. Es, en suma, una abigarrada decoración en la que se descubre el orden de ejecución del reticulado, trazadas primero las líneas oblicuas que van desde la izquierda a la derecha, sobre las que fueron incisas de derecha a izquierda. Un último detalle nos remite al plano superior del labio que cierra el borde, cuya superficie muestra una secuencia de puntos incisos que a veces dibujan dos, e incluso tres, líneas subparalelas.

Desde luego, la forma del receptáculo, de tendencia ovoide y presumible fondo cóncavo, no es insólita en la alfarería temprana, de facies neolítica, si en la búsqueda de referencias nos detenemos en el corpus de algún yacimiento expresivo

como el de la segoviana Cueva de la Vaquera, cuya forma cerámica V sustancia en sus variantes perfiles nada lejanos al que ofrece la pieza de Los Cavíos (Estremera Portela 2003: 63). Empero, no se puede disimular la inseguridad sobre la morfología del fondo de nuestra vasija para que tales similitudes tuvieran mayor certidumbre.

Por lo que se refiere al baquetón con puntadas en espiga tampoco resulta una solución ornamental extraña a la alfarería neolítica de ambas mesetas, en la misma medida en que los temas reticulados, por incisión, aparecen formando bandas discretas (Jiménez-Guijarro 2010) sin el dominio absoluto que adquieren en la pieza piloñesa. Desde luego, el baquetón con el espigado inciso recuerda la unión por cosido de dos piezas de piel o cuero, detalle que parece imitar el alfarero, observación que subsidiariamente nos sugiere la probable frecuencia de tal clase de contenedores orgánicos, por ello de imposible o excepcional conservación.

Lo cierto es que es muy poco lo que podemos decir en el cantábrico central sobre los primeros milenios de uso alfarero. Barros como los del Bufón de Vidiago, aludidos más arriba, fueron de nuevo aceptados tiempo ha como calcolíticos, en los que acaso se pudiera apreciar el eco de las decoraciones en hoja de acacia tan bien ubicadas cronoculturalmente en los castella de la región de Lisboa (de Blas Cortina 1983), en el bien entendido de que se trataba de una mera referencia orientativa; pero esas cerámicas asturianas, después agrupadas bajo el rótulo genérico de "tipo Trespando", por la cueva del mismo nombre cercana a Cangas de Onís (Arias *et alii* 1986) y cuya dispersión espacial alcanza hasta el territorio de Vizcaya, no se acomodan demasiado ni técnica ni decorativamente con el vaso que ahora analizamos, del mismo modo que tampoco apreciamos concordancia con los vasos ornados de la aludida cueva de Arangas, asignados a episodios tempranos de la Edad del Bronce (Arias y Ontañón 1999).

Por otra parte, el dominio de campos reticulados, ordenados en metopas, no deja de promover el recuerdo, bien que con diferencias marcadas en cuanto a su protagonismo, de las bandas en retícula de las cerámicas tipo Penha, características de la Edad del Cobre antecampaniforme de Galicia y norte de Portugal (Jorge 1986), recuperadas en asentamientos domésticos de posición estratégica, cuando no ya fortificados, y cuya ubicación temporal abarca un tiempo largo durante

buena parte del cuarto milenio hasta mediados del tercero (Carballo Arceo *et al.* 1998).

Sea como fuere, y con las reservas que las dataciones TL suelen plantear, contamos para la vasija de Los Cavíos con la fecha 5.321 ± 305 años BP (Ref. Laboratorio; Mad - 5205), correspondiente al último episodio de calentamiento energético, medición temporal realizada en 2008 en el *Laboratorio de datación por Termoluminiscencia* de la Universidad Autónoma de Madrid, resultando el amplio intervalo temporal $5.626 - 5016$ años BP: lapso 3618- 3008 en datas a. de J. C.

Comparativamente, de la cercanía o distancia entre fechas termoluminiscentes y radiocarbónicas quizá nos pueda iluminar la información aportada por el vaso ornado de la Cueva de La Vaquera, en Segovia, que con una fecha TL, 3.032 ± 336 a. de C. se hallaba en un nivel arqueológico del que se obtuvo la data C14, 3.700 ± 80 a. C. (Arribas *et al.* 1988-1989), medición temporal que se considera probablemente asimilable a la Fase II de la ocupación de la gruta castellana durante el intervalo 4600-3600 *cal. BC.* (Estremera Portela 2003: 188).

Tomada la datación TL de Los Cavíos en su extremo más próximo nos haría reflexionar de nuevo sobre la alfarería de la caverna del Bufón de Vidiago, en todo caso, de contexto problemático, asociada aquella a los restos de cuatro individuos, establecidos a partir de los pertinentes cráneos, supuestos restos de un conchero de moluscos marinos y terrestres (*Helix*, *Patella vulgata* y *Littorina vitorea*), algunos útiles de piedra tallada y un punzón de cobre (Fernández Menéndez 1923). Nuestro intento de fechar el único cráneo conservado de la torca llanisca, - los otros tres desaparecieron con el infausto incendio del edificio fundacional de la Universidad de Oviedo como consecuencia de los sucesos revolucionarios de octubre de 1934- resultó fallido. Enviada en 2005 la pertinente muestra al Ångström Laboratory de la Uppsala Universitet, su datación C14 (AMS) no fue posible ante la ausencia absoluta de colágeno en la fracción de tejido óseo remitida.

Desde luego, no es mera pereza reconocer la inseguridad de una atribución más decidida de la pieza de Los Cavíos, siendo conscientes de la ausencia de un corpus cerámico de mínima entidad e imprescindiblemente referido a posiciones cronoestratigráficas asentadas con la solvencia sufi-

ciente como para poder, además, asignarles una concreta inserción cultural.

En efecto, de época neolítica son los fragmentos de una tosca elaboración alfarera de la Cueva de Los Canes, en Cabrales, yacentes por encima del horizonte en el que se encajaban tres tumbas de cazadores y recolectores mesolíticos de principios del VI milenio. Uno de los trozos ofrece como ornato motivos lineales que combinan incisiones y acanalados; otros permitieron la reconstrucción parcial de un vaso minúsculo, angosto y de fondo apuntado de incierta utilidad. La fecha radiocarbónica, a partir de una muestra orgánica del nivel donde fueron recogidos, 4910-4550 a. de J.C., es la relativa al tiempo auroral de las sociedades de atribución cultural neolítica en la región cantábrica; desafortunadamente es insegura la relación entre el estrato fechado y los tiosos cerámicos comentados (Arias y Pérez 1995).

Son también circunstancias oscuras las que contextualizan los escasos fragmentos de barros decorados, con líneas incisas y otras de trazo discontinuo, de la Torca l'Arroyu, en el concejo de Llanera; Asturias central. La época, neolítica, propuesta para esta escueta muestra alfarera se infiere de la fecha radiocarbónica 3900-3850 *cal. BC* (UBAR-803), medida a partir de un hueso de *Bos taurus* presumiblemente vinculado también a un par de escopillos de piedra pulimentada (Estrada 2003).

4.- EL VASO DE LOS CAVÍOS EN EL CONTEXTO DEL NEOLÍTICO LOCAL Y REGIONAL

A pesar de tan vagos referentes de apoyo, admitimos la pertenencia de la extraordinaria vasija de Los Cavíos al brumoso neolítico del cantábrico central. Su laxa datación en los tercios medio y último del IV milenio a. de C., nos situaría ante una creación artesanal de gentes contemporáneas del *floruit* de las arquitecturas megalíticas regionales, cuando ya habían sido erigidos megalitos como Monte Areo XVI, cuya posición radiométrica apuntala además la época de otros dólmenes de breve pórtico como el de La Llastra de Entrerriós, en Allande, u otros de cámara ortostática de cierta entidad y, también, de aquellos dotados de ornamentación abstracta pintada y grabada, geométrica, como el excepcional de la Capilla de Santa Cruz de Cangas de Onís (de Blas Cortina 1979 y 1997) para cuyo grafismo parietal habría que aceptar, en sintonía con lo mega-

litos pintados de Galicia, fechas de la primera mitad del IV milenio a. de C. (Carrera Ramírez y Fábregas Valcarce 2006).

En el propio territorio concejil de Piloña, la madurez neolítica declarada por la articulación del espacio que túmulos y dólmenes establecen resulta muy incierta, si bien en el repertorio de lo inventariado constan seis túmulos en el término de Cayón, al NE. del monte Fario, según la escueta información que de ellos diera J. M. González en su "Recuento" de dólmenes y túmulos (González 1973: 18).

Consultadas las fichas personales, manuscritas e inéditas, que este autor redactara tras su exploración el 17 de octubre de 1969, los vestigios monumentales prehistóricos se situaban en una majada, en parte poblada entonces de pinos, de Monte Cayón, cuyo punto más elevado, a 558 m. s. n.m. se registra en los mapas topográficos como

Pico Fario. Tanto la majada como la posición de los túmulos fueron reseñados en un esquemático dibujo del paisaje (Fig. 6). Las modificaciones sufridas por la zona, por la roturación del suelo y la plantación de pinos, más el posterior avance del monte bajo por la mengua de la actividad ganadera, hacen hoy muy difícil, sin las pertinentes coordenadas geográficas y datos altimétricos, precisar la ubicación de los vestigios apreciados hace más de tres decenios. No obstante, las notas de J. M. González registran seis túmulos, tres de ellos como inseguros dado su arrasamiento, y tres más como ciertos. Con los datos anotados pudimos representar la disposición de los túmulos (Fig. 7), distribuidos en una línea curva, acaso impuesta por la forma de la ladera, de los que los rotulados como 1, 2 y 6 serían seguros, y menos clara la naturaleza de los restantes. El nº 6 mostraba el más voluminoso cuerpo tumular del grupo, abierto un hoyo de saqueo de unos tres metros de diámetro

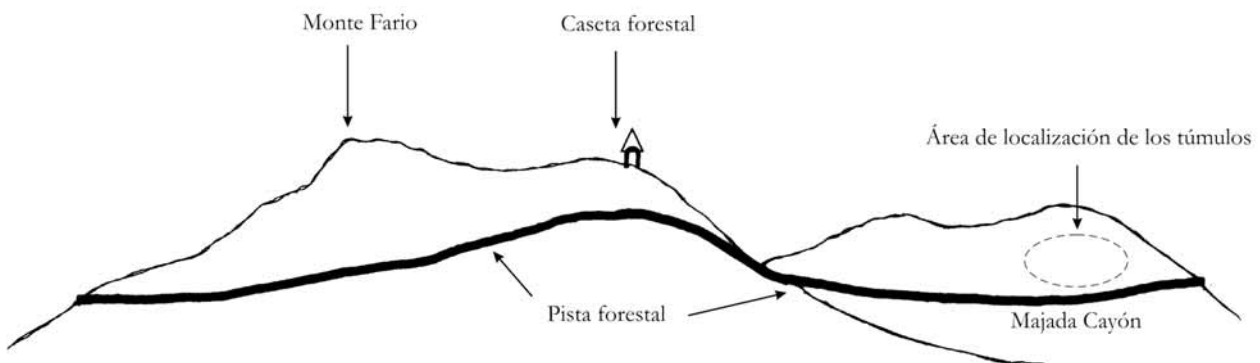


Fig. 6. Zona de localización de los túmulos de Monte Cayón, según apunte de J. M. González. (Reelaboración: M. A. de B).

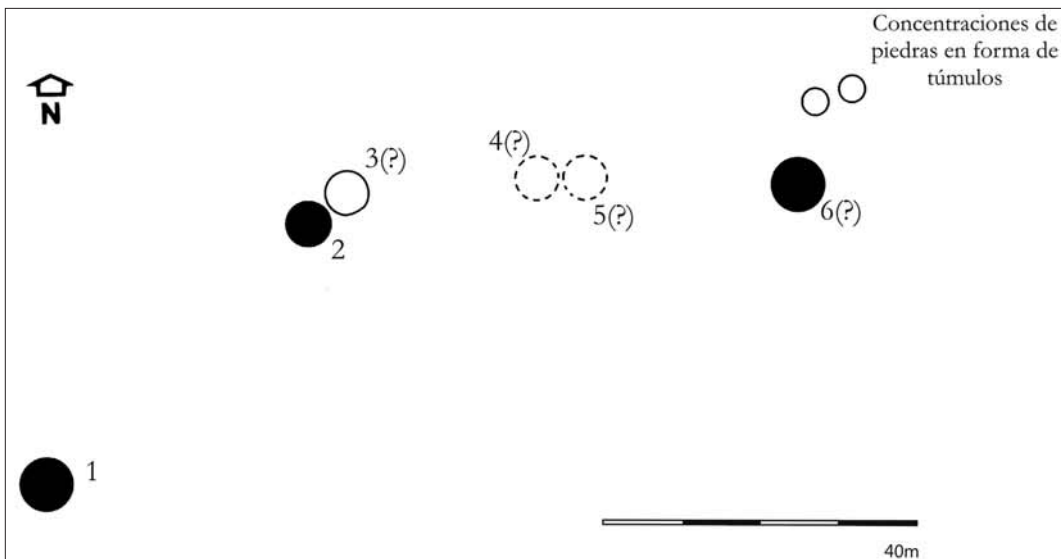


Fig. 7. Croquis de la distribución de los túmulos de Monte Cayón, elaborado a partir de los datos y mediciones de J. M. González. (M. Á de B).

en cuyo centro afloraba una gran lastra además de otras tres dispuestas alrededor. Menos claros resultan los dos agrupamientos de piedras, de planta circular, vistos al E-NE del túmulo 6. A pesar de la cautela que J. M. González manifiesta en sus apuntes, concluye literalmente: "no hay duda de que se trata de una necrópolis deshecha, muy difícil de reconstruir ... renuncié por ello a detallar más".

Cabe pues colegir de aquellos apuntes, -partiendo de la fiabilidad que nos ofrecen siempre las observaciones del que fuera máximo prospector de los yacimientos arqueológicos regionales-, la existencia de megalitos en la ladera del Monte Cayón, o Pico Fario, que desciende hacia el NO, -a los de un dolmen se ajustan los datos del nº 6, probablemente visibles desde el oeste, en el valle abierto por las aguas del axial río Piloña.

Adquiere mayor notabilidad el grupo de túmulos si se relacionan con otros vestigios en el mismo

sector fluvial, en el que el río Piloña se encaja en el zócalo roqueño para abrirse paso hacia el este a través de una angostura que conduce al valle más abierto que hoy acoge la localidad de Infiesto. Este estrangulamiento constituye un paso trascendental en el tránsito histórico a lo largo de la depresión que en dirección oriente-poniente comunica la cuenca del Sella y comarcas orientales de la región con la cuenca central de Asturias (Fig. 8). Preludiando ese encajamiento del río entre las laderas de fuerte pendiente se ubicó un seguro sepulcro megalítico en el lugar de Monte Coya, en el paraje que ahora se distingue por la cicatriz debida a una vieja cantera.

Al respecto, el periódico *Eco de Asturias* del 29 de septiembre de 1879 daba noticia de que en el anterior día 22, al explotar una cantera (la que acabamos de señalar) había sido descubierta una tumba, hallazgo del que posteriormente informa-

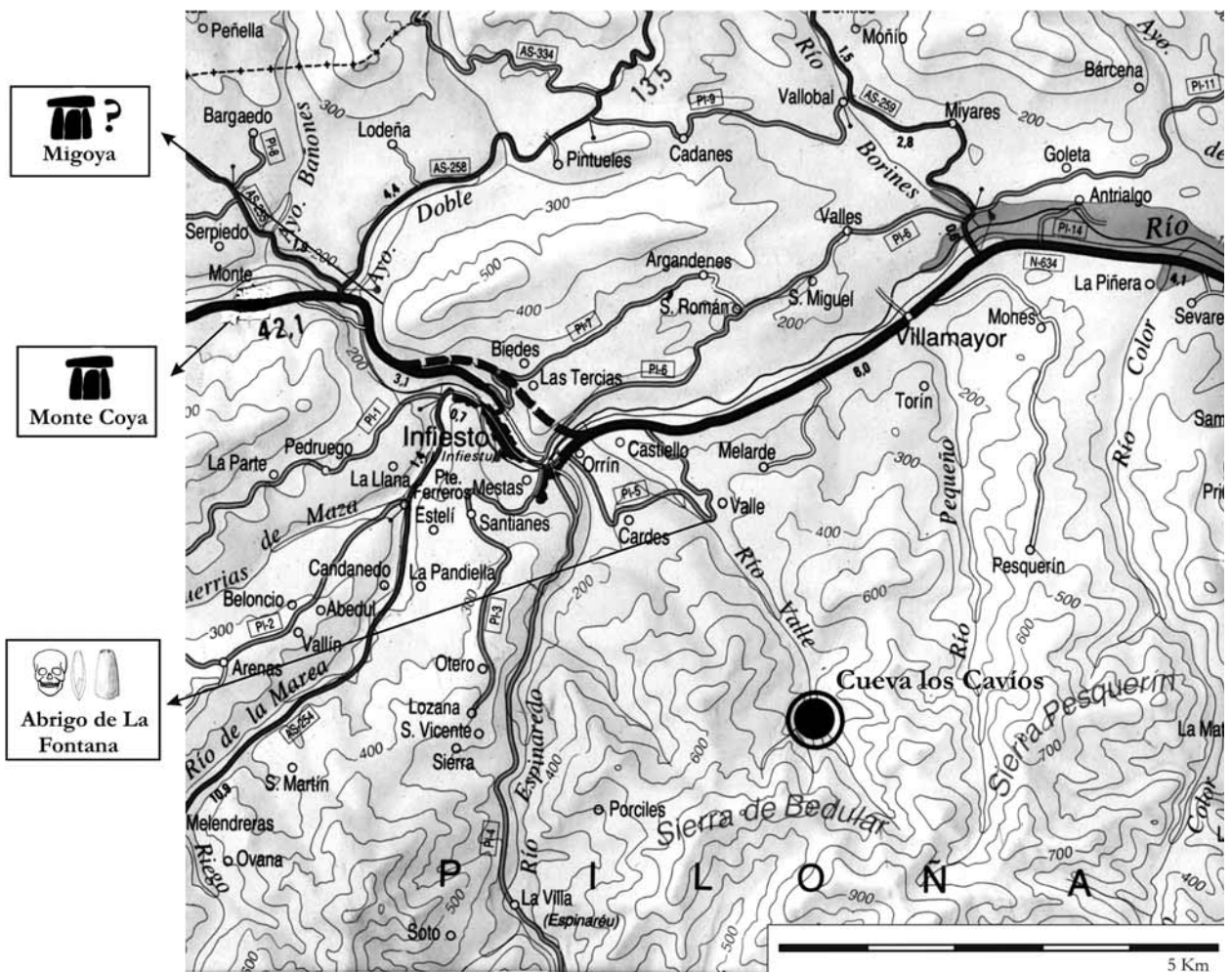


Fig. 8. Localización en el curso medio del río Piloña de los lugares prehistóricos aludidos en el texto.

rían González Mori y Canella Secades a la Real Academia de la Historia en escrito con fecha del 6 de octubre siguiente.

Considerada la tumba en el informe aludido como un dolmen, se describe la aparición de cinco esqueletos superpuestos en dos capas, separados entre sí por una losa o piedra plana. Con los restos fúnebres fueron también halladas dos hachas pulimentadas de "jadeita" y unos fragmentos de "florina" blanca con rayas rojas y violáceas, de forma circular y perforada en su centro, entendida como pieza de ornato individual.

Precisando más detalles sobre el raro sepulcro múltiple anotan los informantes que alrededor del dolmen había amontonada "bastante cantidad de piedra menuda sin duda para evitar la profanación de dicha tumba o que las fieras pudiesen extraer los cadáveres por los huecos que dejaban entre sí las losas que formaban el sepulcro. Todo este montículo se halla hoy cubierto de tierra vegetal..."

Pese a su brevedad, el texto desgana detalles que ahora nos parecen bastante elocuentes, en particular que la tumba tenía como paredes varias losas y que todo ello se hallaba inscrito en lo que no pudo ser más que el túmulo habitual. En el mismo sentido, las hachas pulimentadas vendrían a confirmar la naturaleza prehistórica, neolítica, del raro descubrimiento.

Por último se comunica el acuerdo de la Comisión Provincial de Monumentos de Asturias de que al lugar de los hechos se acercara don Sebastián de Soto Posada y Cortés "a fin de que se sirva tomar noticias sobre tan importante hallazgo, por si se pudieran adquirir algunos restos" para el Museo Arqueológico de Oviedo.

Lamentablemente, los esqueletos de aquellos probables neolíticos fueron destruidos por el ansia de los "exploradores ansiosos tal vez de hallar algún tesoro", recoge el informe. Según F. Aramburu, hubo algún coleccionista que a "guisa de recuerdo, guardó varios dientes de blanco y sano esmalte" (Aramburu y Zuloaga 1899: 20). Quizá la pérdida fuera de menor trascendencia si en el corpus material megalítico en Asturias nos ofreciera suficientes vestigios antropológicos, pero son estos precisamente los únicos esqueletos que como osamentas más o menos íntegras parecen haberse conservado en las grandes arquitecturas funerarias regionales, con mucha frecuencia asentadas en suelos de alta acidez en los que casi im-

posible que los huesos resistan el paso del tiempo (de Blas Cortina 1995 y 2004).

Se refiere también F. Aramburu al descubrimiento de Coya, considerando "celta" la notable tumba y aportando la noticia de que habrían aparecido bolitas adornadas con puntos y otros signos ininteligibles, localizadas junto a los esqueletos (Aramburu y Zuloaga 1899: 56-57). Lamentablemente, nada podemos decir hoy sobre esas llamativas piezas, presumibles elementos del viático personal, ni tampoco de las hachas de supuesta jadeita, la roca verde utilizada para la fabricación de hachas de alto valor simbólico cuyo trasiego neolítico, como hoy sabemos, las hizo circular desde la ubicación de las rocas originales, troceadas en las morrenas de los glaciares de los Alpes occidentales, hasta las Islas Británicas, Renania e incluso Cataluña, por citar algunos extremos de esa dilatada distribución (Cassen y Pétrequin 1999).

Razonablemente, no es imposible que los mecanismos de intercambio progresivo de largo recorrido permitieran la arribada a los grupos neolíticos de la Asturias central de una materia tan escasa y por ello sumamente apreciada. Sin embargo, una actitud más cauta nos hace pensar en el error de los informantes, acaso confundidos por alguna roca local con alto contenido de anfíbol verde-claro. Hay, en efecto, en tierras de Piloña, en la zona de Espinaredo, rocas básicas (gabros y basaltos) con anfíbol en abundancia como consecuencia de los procesos de alteración postmagmática (comunicación de G. Corretgé); tal vez fuera esa clase de material el que los neolíticos de la zona utilizaran, precisamente impulsados por el muy estimado color verde. En cuanto a la "florina" cabe pensar en la fluorita, llamada fluorina en el XIX, aunque resulte desconcertante la indicación de las rayas rojas y violáceas.

Hace decenios, antes de que la colección de Soto Cortés pasara al Museo Arqueológico de Asturias, fue señalado en la misma, como procedente con toda seguridad del megalito, un canto aplanado "de forma casi elíptica, con cinco agujeros y otras líneas o signos grabados en ella que mide 12 cm. de largo por 8 de ancho" que le había sido regalada al coleccionista como originaria del descubrimiento del otoño de 1879 (Diego Somano 1960: fot. 3, i). La extraña pieza, - o quizá no tanto si reparamos en los cantos rodados, con o sin motivos incisos, que aparecen en alguno de los más notables megalitos de Galicia (Fábregas

1999)-, es probable que, pese a nuestra fallida búsqueda, se encuentre entre los materiales menos conocidos de los almacenes del museo asturiano.

El interesante dolmen ocupaba pues una posición estratégica, elevado en un escalón de la ladera norte que domina al inmediato Piloña, poco más de un kilómetro antes de que el valle se estrangule, encauzándose el río en el estrecho pasaje que señaláramos más atrás (Fig. 9 y 10).

Pero no es este gran sepulcro destruido tras su exhumación el único megalito en la zona al que las fuentes decimonónicas aludan. Parece que el coleccionista de antigüedades Sebastián de Soto Cortés exploró un dolmen en el lugar de Migoya,

rebusca de la que informó a Vilanova y Rada, quienes anotaron la recogida en la tumba en causa de "hachas y gubias de piedra pulimentada" (Vilanova y Rada 1891: 508-509); sin embargo, no figuran estos materiales en el catálogo de los reunidos por Soto Cortés, aunque conviene señalar que muchos carecen de la menor referencia de origen (Diego Somoano 1960).

Lo cierto es que el término Migoya alude a un ámbito espacial amplio: un largo tramo de la orilla derecha del Piloña que viene a finalizar justamente en las inmediaciones del inicio de la marcada angostura del valle⁴ (Fig. 9 y 10), ya destacada, también la zona en la que el topónimo parece ubicarse con mayor seguridad.

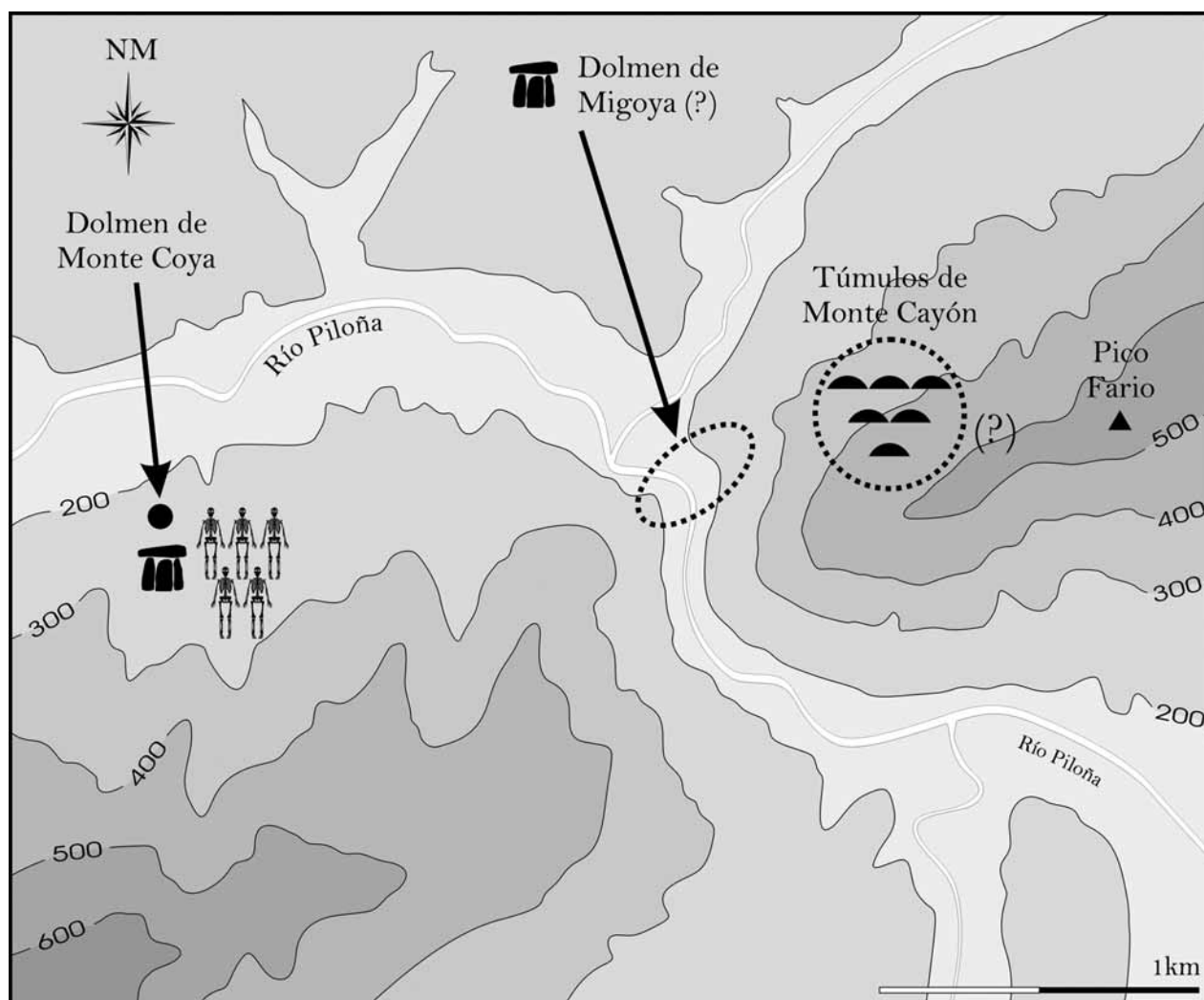


Fig. 9. Túmulos y megalitos en el umbral del desfiladero del río Piloña al O. de Infiesto. (M. Á. de B y Esperanza García Martín).

⁴ Debo este y otros detalles de la toponimia local al Prof. Miguel Calleja Puerta, buen conocedor del territorio de Piloña.

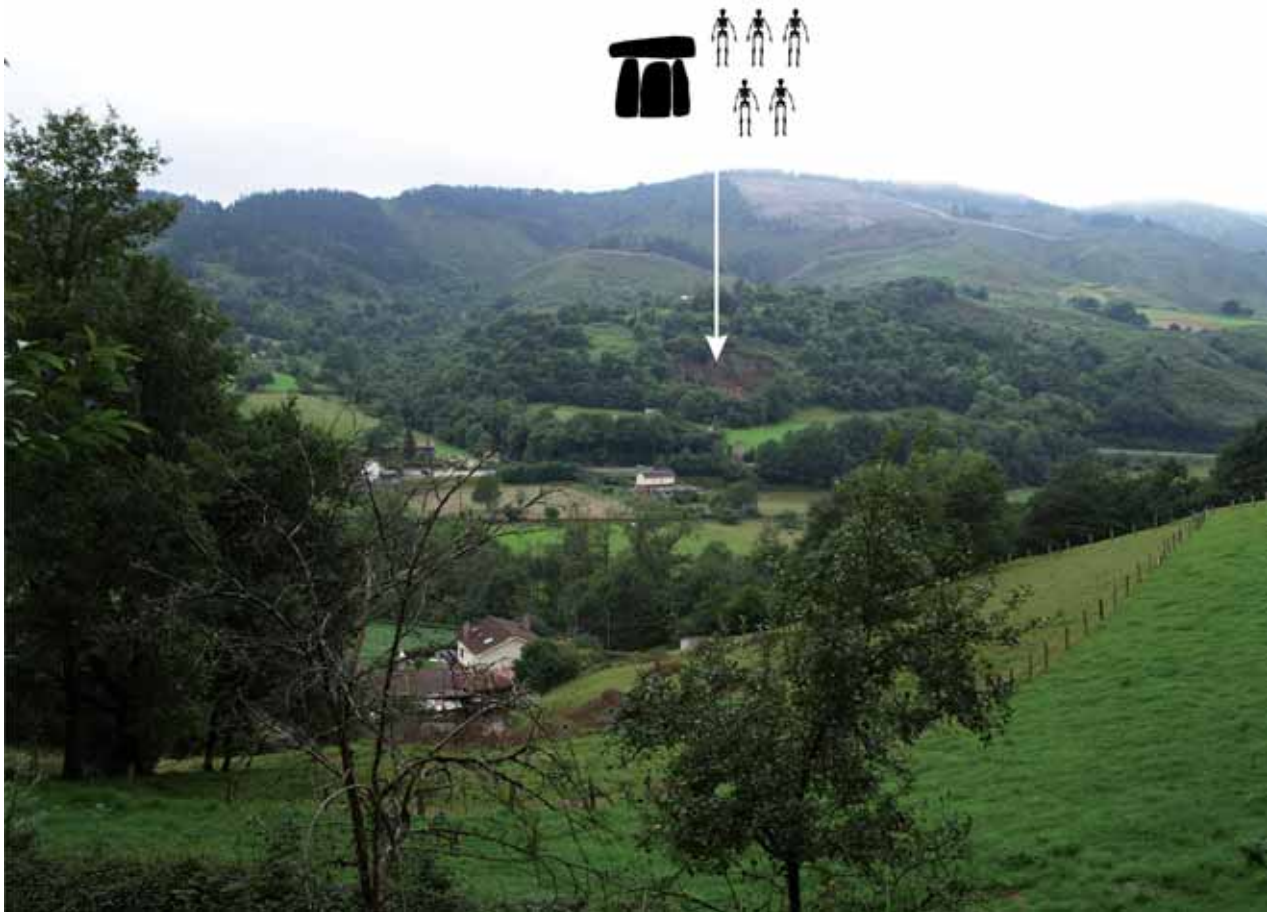


Fig. 10. La flecha señala la vieja cantera relacionada con el descubrimiento y destrucción en 1879 del dolmen de Monte Coya. Fotografía tomada desde la vertiente norte del valle del Piloña. (M. Á. de B).

Sin otros datos cabe tanto la posibilidad de que el ignoto dolmen de Migoya nunca haya existido, confundido por Soto Cortés con el de Monte Coya; pero no es tampoco fácil que Soto Cortés, a quien, tal como apuntábamos más arriba, le encargan las instancias pertinentes el control de lo descubierto en Monte Coya, fijado así el topónimo por escrito, se equivocara o que, arbitrariamente, diera por referirse al megalito de Monte Coya como megalito de Migoya. Así las cosas, y más allá de la indisimulable cercanía fonética entre ambos términos, no es inverosímil la existencia de ese segundo sepulcro neolítico cuando el patrón dominante en la región son las agrupaciones monumentales megalíticas.

De aceptar pues la existencia del dolmen de Migoya, destruido totalmente o desfigurado por los saqueos, entre tales el posible de Soto Cortés, no es improbable, tal como creyera J. M. González (1973: 18), que su ubicación, cercana al case-

río también conocido como Migoya, se correspondiera con alguna elevación sobre lo que hoy es el apeadero ferroviario de Pintueles (Fig. 11). La traslación de esos datos a un mapa (Fig. 9) precisaría el pautado de la instalación espacial megalítica en un tramo marcadamente crítico en la evolución del río Piloña, primer eje fluvial, de dirección E-O, de la Asturias centro-oriental. La considerada presencia de túmulos y dólmenes, exclusiva en toda la comarca piloñesa, se produciría entonces, no por azar, en un enclave de específica notabilidad estratégica.

Aumenta aún la impresión de trascendencia de este foco arqueológico la escasez o franca ausencia megalítica en un amplio territorio del interior de las Asturias central, fenómeno neolítico que sólo vuelve a expresarse con toda brillantez al final del recorrido de Piloña, poco después de que mezcle sus aguas con las del Sella, en cuyas orillas se yergue, en un esencial encrucijada, el im-



Fig. 11. El Monte Cayón, señalando la flecha una de las zonas posibles de localización del ignoto dolmen de Migoya. La carretera Oviedo-Santander gira a la derecha, al fondo, para seguir el tramo angosto del Piloña, antes de acceder a la mayor amplitud de su valle en el área de Infiesto. (M. Á. de B).

portante dolmen de la Capilla de Santa Cruz, en Cangas de Onís, monumento nuclear en la estructura sociopolítica del territorio que conecta el litoral cantábrico con la región alpestre de Picos de Europa (de Blas Cortina 1979 y 1997).

En otro registro de pruebas de la presencia neolítica en la zona que se analiza, como más segura, pese a su irremediable imprecisión, es la noticia de de una inhumación individual neolítica en el lugar conocido como la Fontana (Fig. 7), descubierta en un abrigo afectado por la apertura de la caja de la carretera que une Valle con Cardes. El cráneo fue recogido por una persona de Oviedo, al parecer un periodista culto, según escribiera Martínez Hombre (1964:257), aprovechando este autor la ocasión para especular con el hecho de que a unos 600 m. de la covacha funeraria había una mina de cobre, acaso prehistórica, explotación de la que nada podemos decir aquí.

Junto al esqueleto yacía la hoja pulimentada de un hacha de piedra, pieza que junto con el cráneo recogieran Fernández Buelta (el periodista en

cuestión), F. Jordá Cerdá y J. M. González el 9 de octubre de 1953, pasando a continuación al Museo Arqueológico de Asturias, en Oviedo (según detalles que hace lustros me comunicara el propio J. M. González).

El lugar de La Fontana (43°20' 27" N; 5° 20' 18" W) es hoy fácilmente reconocible con el acantilado en el que se hallaba el abrigo fúnebre, cortado el paquete calizo por la carretera que desciende para, por un puente, cruzar en dirección a Cardes el río Valle; por tanto a algo más de tres kilómetros aguas abajo del lugar de los Cavíos (Fig. 12).

El hacha, de 87 x 42 x 24 mm., permaneció años expuesta al público en una vitrina del museo regional (de Blas Cortina 1983: 96, fig. 25, 1), tratándose de un ejemplar de talón recto y grueso, lados convexos, filo curvo y simétrico, planos laterales bien definidos y secciones elíptico-rectangulares.

Confeccionada en una roca dura y compacta, tal vez silícica, ofrecía patentes indicios de trabajo en forma de desconchados sobre talón y filo, este último roto en sus 2/3 partes. Del cráneo nada sa-



Fig. 12. El lugar de La Fontana, sobre el río Valle, donde fue descubierta la tumba prehistórica en un abrigo abierto en el crestón calizo. (M. Á. de B).

bemos, pero la pieza pulimentada tiene que seguir estando entre los materiales guardados en los almacenes del aludido centro museístico.

Por último, en el inmediato valle del río Espinaredo, que discurre en paralelo, al oeste, del río Valle, en una caverna sita en la localidad de Ferrán pudo recoger el Conde de la Vega del Sella, en superficie, algunos materiales considerados entonces como neolíticos, según una sumaria noticia de la época (Hernández Pacheco 1919: 27).

5.- EL VASO RARO Y EL PARAJE SINGULAR: LA HOZ DE LOS CAVÍOS COMO LUGAR DE PASO O FRONTERA Y OTRAS CONSIDERACIONES FINALES

Tras lo expuesto no procede obviar el hecho de que una vasija de manifiesta calidad técnica y ornamental, un objeto que se puede reconocer como suntuario, se hallara en pedazos esparcidos por el suelo de la zona de penumbra o total oscuridad de una gruta de techo bajo e impropia como habitación, sin otros materiales asociados que hayamos podido reconocer. En cierto modo nos trae al recuerdo hallazgos alfareros más modernos pero

que, también en cavernas del oriente asturiano, aparecen de forma descontextualizada, ausentes otros indicios visibles que expliquen su significado o intención, circunstancia que bien podrían ejemplificar los tres vasos de bella ornamentación incisa, tal vez alojados intencionalmente en el hueco abierto al pie de un pilar estalagmítico en la Cueva de La Zurra (Purón, Llanes) (Arias *et alii* 1986), una cavidad angosta y empinada, respondiendo a un acto ignoto que pudiera haber sucedido en los siglos anteriores a la Era, durante la Edad del Hierro.

Por otra parte, del análisis en detalle del interior del vaso de Los Cavíos no se induce que haya contenido materia orgánica; además, el labio, su cinta aplanada y ornada con puntos incisos, mantiene en buena parte la frescura original sin las alteraciones o desgastes debidos a un uso normal, buena conservación que se aprecia en la persistencia de las rebabas debidas a la apertura con un punzón de los pequeños hoyitos (Fig. 13). Están, pues, ausentes las erosiones que cabría encontrar en un recipiente destinado a las actividades domésticas ordinarias, con las normales roturas y erosiones (Mannoni y Giannichedda 2003: 167).



Fig. 13. Incisiones sobre el borde del vaso y sección vertical del mismo precisándose la permanencia de las rebabas en el borde de los microhoyos. (M. Á. de B.).

Sin otros indicios y aún con lo inaprensible del asunto, se hace necesaria la consideración de las características ya destacadas del paraje de Los Cavíos, inmediato a la angosta hoz labrada por el pequeño río de montaña; por tanto un lugar estratégico, en el que contactan dos ecosistemas bien contrastados. No deja entonces de ofrecérsenos como apetecible la sugerencia del acto simbólico del depósito de una pieza excepcional en ese lugar de frontera entre un territorio más doméstico y otro que encarna los atributos del ámbito salvaje.

El pequeño desfiladero, la garganta u hoz, concreta un lugar de transición o, si se quiere, de filtro en el tránsito entre ambientes muy diferenciados; al norte las bajas cotas, los suelos idóneos para el cultivo, el espacio de residencia más usual y prolongada; al sur las montañas de raudas laderas: el ámbito de los pastos de estío, de la caza y recolección a expensas del sotobosque en los tramos bajos de las laderas y en el fondo de los valles inscritos en la prolongada secuencia de cordales. La hoz con el torrente que la abre representa al mismo tiempo, en una perspectiva no sólo formal sino también psicológica, lo cóncavo y sombrío frente a la montaña-relieve, la secuencia de convexidades, a la que precede.

Es pues tolerable pensar que esa imposición de la frontera espacial no hubiera pasado inadvertida a las gentes neolíticas, toda vez que los territorios delimitados son susceptibles de una explotación y utilidad tan distinta como complementaria, conscientes, en todo caso, de que no fueron límites políticos los que aquí pensamos, in-

dependientes aquellos de condicionantes ecológicos cuya trascendencia varía con los cambios que puedan sufrir las estrategias productivas (Castro y González 1987).

Tampoco se debe desdeñar la apreciación generalizada de un territorio como el ámbito de ubicación de lugares representativos, y el que entre estos últimos los de carácter fronterizo son fundamentales; integrantes del "paso material" pautado por tabúes en tantas culturas primitivas como ya explicara A. van Gennep en 1908.

La estructura cultural del paisaje constituye parte axial de los sistemas de referencia en los que se anclan tanto la conciencia individual como las identidades sociales. Los lazos emocionales con la tierra tienen mucho que ver, ineludiblemente, con las bases económicas, pero también con los antepasados y con los seres míticos creadores y mantenedores de la fertilidad de la tierra y del incremento natural de las especies (Tilley 1994: 40). En palabras de Godelier, lo que una sociedad reivindica al apropiarse de un territorio es el acceso a su control y uso "tanto respecto a las realidades visibles como a las potencias invisibles que lo componen..." (1990: 108-109). Ciertamente, cada generación no sólo hereda el patrimonio material, sino también maneras determinadas de la apropiación del espacio junto con la capacidad de discernir retazos particulares del mismo donde se funden mitos y creencias ancestrales (Bradley 2002: 17-48). Al cabo, todo elemento físico o biológico entra en la composición de un territorio después de haber pasado por el

tamiz de un proceso de simbolización que de uno u otro modo lo desmaterializa; por ello, todo territorio social es un producto de la imaginación humana (Barel 1986).

Como testimonios de la presumible anotación simbólica de los desfiladeros sabemos en la Asturias central de dos casos muy expresivos, de los cazadores recolectores del paleolítico superior uno; de las sociedades prehistóricas recientes el otro. Nos referimos a Entrefoces, abrigo con grabados rupestres representando ciervas y caballos (González Morales 1990), sito en el fondo de una profunda garganta; y a las pinturas esquemáticas presentes en varios abrigos y covachas sobre el alto precipicio La Estrechura, en Fresnedo (concejo de Teverga) (Mallo y Pérez 1971), paraje que, tal como el topónimo descubre, se yergue sobre una abismada hoz.

La presencia del vaso extraordinario de Los Cavíos en un enclave que, finalmente, entendemos como la materialización del tránsito entre dos expresiones opuestas de la naturaleza, tal vez debería ser asociada a operaciones de propósito simbólico en la sutil intersección entre las fronteras físicas y las mentales. Incluso, si originalmente hubiera formado parte la vasija del ajuar de un muerto ignoto, se mantendría la interpretación que proponemos del acto ritual, simbólico, inscrito en una nítida bisagra territorial.

Bajo otro enfoque, desechado el mero acto fortuito del abandono de un bien preciado, no sabríamos como obviar las causas tan diferentes con que la bibliografía etnográfica nos informa sobre los vasos rotos y su potente y multiforme carga simbólica, -desde la representación de la inexorabilidad del tiempo vital de los hombres, con la rotura del recipiente a modo de borrón y cuenta nueva tras la quiebra de la vida por la muerte; casos en los que la alfarería es algo complejo y que "sirve para pensar" en tantos primitivos africanos-, a la colocación de vasijas quebradas sobre las tumbas de esclavos en las plantaciones sureñas de Estados Unidos para impedir el terrorífico retorno de los muertos (Barley 2000: 197 y 198). Son todas estas, a la postre, cuestiones incontrolables, sin acceder a argumentos mentales aún más inextricables como, tras Lévi-Strauss, la dialéctica "continente - contenido" cuando del barro se llega al recipiente en el que es creado el alimento que, deglutido y expulsado, se convierte, a su vez, en una suerte de nuevo barro: el excremento; en suma, la inimaginable equiva-

lencia entre un proceso cultural y otro paralelo, de naturaleza fisiológica (Lévi-Strauss 1985: 232-233).

6. GRATIARUN NOTA

En particular a la profra. Concepción Blasco Bosqued por su generosa ayuda en la obtención de la fecha TL del vaso de Los Cavíos, y al *Laboratorio de datación por Termoluminiscencia* de la Universidad Autónoma de Madrid; también a Jorge Camino Mayor, Ángel Villa Valdés y Javier González Santos con quienes, en diferentes ocasiones, pude reconocer el paraje de Los Cavíos. La vasija fue restaurada en el laboratorio arqueológico de las excavaciones del Chao de Samartin, en Grandas de Salime, merced a la buena disposición de A. Villa Valdés y al cuidado de Beatriz García Alonso. Pude contar con la colaboración de Fernando Rodríguez del Cueto en el retoque infográfico de mis dibujos y también de Esperanza García Martín. El excelente dibujo del vaso es obra, mediante propuesta de Germán Delibes, de Ángel Rodríguez González del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valladolid. En Guillermo Corretgé Castañón, catedrático de Petrología de la Universidad de Oviedo, encuentro siempre una fuente atenta de información sobre las rocas y su génesis. Por último, gracias a Diógenes García quien puso a mi disposición las fichas de campo relativas al concejo de Piloña que en 1969 redactara su tío José Manuel González.

7. BIBLIOGRAFÍA

- ARAMBURU y ZULOAGA, F. de
1899 *Monografía de Asturias*. Oviedo, págs. 56-57.
- ARIAS P., PÉREZ, C. y TREVÍN, A.
1986 "Las cerámicas de la Cueva de la Cazorra (Purón, LLa-nes)". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, nº 117, págs. 235-241.
- ARIAS CABAL, P.
1996 "Los concheros con cerámica de la costa cantábrica y la neolitización del norte de la península ibérica". *El Hombre Fósil 80 años después*. A. Moure Romanillo edr. Universidad de Cantabria, págs. 391-415.
- ARIAS CABAL, P.; MARTÍNEZ VILLA, A. y PÉREZ SUÁREZ, C.
1986 "La cueva sepulcral de Trespando (Corao, Cangas de Onís, Asturias)". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, nº 120, págs. 1.260-1.289.

- ARIAS CABAL, P. y ONTAÑÓN PEREDO, R.
 1999 "Excavaciones arqueológicas en la Cueva de Arangas (1995-1998). Las ocupaciones de la Edad del Bronce". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1995-98*. Oviedo. Principado de Asturias. Consejería de Cultura, págs. 75-88.
- ARIAS CABAL, P. y PÉREZ SUÁREZ, C.
 1995 "Excavaciones arqueológicas en Arangas, Cabrales (12991-1994). Las cuevas de Los canes, El Tiu LLines y Arangas". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1991-94*. Oviedo. Principado de Asturias. Consejería de Cultura, págs. 79-92.
- ARRIBAS, J. G., MILLÁN, A., BENÉITEZ, P. y CALDERÓN, T.
 1988-89 "Datación absoluta por termoluminiscencia y análisis mineralógico de materiales arqueológicos procedentes del yacimiento de La Vaquera (Segovia)". *Zephyrus* XLI-XLII, págs. 161-169.
- BARANDIARAN, I.
 1971 "La Cueva de la Paloma (Asturias)". *Munibe*, nº 2/3, págs. 255-283.
- BAREL, Y.
 1986 "Le social et ses territoires", en F. Auriant y R. Brunet, *Espace, jeux et enjeux*. Nouvelle encyclopedie des sciences et des techniques. Paris. Fayard
- BARLEY, N.
 2000 *Bailando sobre la tumba. Encuentros con la muerte*. Barcelona. Editorial Anagrama.
- BARROSO BERMEJO, R., CAMINO MAYOR, J., BUENO RAMÍREZ, P. y BALBIN BEHRMANN, R.,
Fuentenegro. Un enterramiento del I milenio A. C. en la Sierra de Cuera, Asturias. Oviedo. Consejería de Cultura del Principado de Asturias y KRK ediciones 2007.
- BLAS CORTINA, M. A. de.
 1979 "La decoración parietal del dolmen de la Capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís)", en *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, nº. 98, págs. 717-757.
 1983 *La Prehistoria Reciente en Asturias*. Estudios de Arqueología Asturiana nº 1. Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias. Consejería de Cultura del Principado de Asturias.
 1992 "Arquitecturas megalíticas en La Llaguna de Niévares (Villaviciosa)". *Excavaciones de 1988 a 1990. Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1987-90*. Principado de Asturias. Oviedo, págs. 113-128.
 1995 "Destino y tiempo de los túmulos de estructura "atípica": los monumentos A y D de la estación megalítica de la Llaguna de Niévares". *Primeros agricultores y ganaderos en el Cantábrico y Alto Ebro. Karrantza 1993. Cuadernos de Prehistoria-Arqueología*, 6. Sociedad de Estudios Vascos, págs. 55-79.
 1997 "El arte megalítico en el territorio cantábrico: un fenómeno entre la nitidez y la ambigüedad". *III Coloquio internacional de arte megalítico. A Coruña 1977. Actas. Brigantium*, vol. 10. A Coruña. Museo Arqueológico e Histórico de San Antón, págs. 69-89.
- 1999 a *El Monte Areo, en Carreño (Asturias). Un territorio funerario de los milenios V a III a. de JC*. Ayuntamiento de Carreño/ Mancomunidad Cabo Peñas.
 1999 b "Análisis e interpretación de una arquitectura prehistórica: el dolmen C de La Llaguna de Niévares, en Villaviciosa, Asturias". *De oriente a occidente. Homenaje al Dr. Emilio Olavarri*. Bibliotheca Salmanticensis. Estudios 205. Universidad Pontificia de Salamanca, págs. 161-184.
 2000 "La neolitización del litoral cantábrico en su expresión más consolidada: la presencia de los primeros túmulos". *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*. Vol. VIII. *Neolitização e megalitismo da península Ibérica*. Porto. Associação para o Desenvolvimento da Coperação em Arqueologia Peninsular, págs. 215-238
 2004 "Túmulos enigmáticos sin ofrendas: a propósito de Monte Deva V (Gijón) y Berducedo (Allande) en Asturias". *Trabajos de Prehistoria* 61 (2), págs. 63-83.
 2006 "La arquitectura como fin de un proceso: una revisión de la naturaleza de los túmulos prehistóricos sin cámaras convencionales en Asturias". *Zephyrus* 59, (*Homenaje a Francisco Jordá Cerdá*). Universidad de Salamanca, págs. 233-255.
- BOUZA BREY, F.
 1963 "Túmulos prehistóricos en Asturias". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, nº 50, págs. 75-102.
- BRADLEY, R.,
 2002 "Acces, style and imagery: the audience for prehistoric rock art in atlantic Spain and Portugal, 4000-2000 BC". *Oxford Journal of Archaeology* 21 (3), pp. 231-247.
- CARBALLO ARCEO, X., FÁBREGAS VALCARCE, R., LEDO BERNÁNDEZ, M. Y CONSTELA DOCE, X,
 1998 "Dos nuevos yacimientos con cerámica tipo Penha en el valle del Miño". *Zephyrus* 51, págs. 87-110.
- CASSEN, S. y PÉTREQUIN, P.
 1999 "La chronologie des haches polies dites de prestige dans la moitié ouest de la France". *European Journal of Archaeology*. Vol. 2 (1), págs. 7-33.
- CASTRO MARTINEZ, P. y GONZÁLEZ MARCÉN, P.
 1989 "El concepto de frontera: implicaciones teóricas de la noción de territorio político". *Fronteras. Arqueología Española* 13. Teruel, págs. 7-17.
- DIEGO SOMOANO, C.
 1960 "La colección «Soto Cortés» de Labra, Cangas de Onís". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*. Separata del nº 40, págs. 3-25.
- ESTRADA, R.
 2003 "La Torca I' Arroyo (La Ponte, Cayés, Llanera)". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*. Oviedo. Consejería de Turimos, Comunicación Social y Turismo, págs. 253-257.
- ESTREMERA PORTELA, M^a. S.
 2003 *Primeros agricultores y ganaderos en la Meseta Norte: el neolítico de la Cueva de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia)*. Arqueología en Castilla y León 11. Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura.

- FERNÁNDEZ MENÉNDEZ, J.
1923 "De la Prehistoria en Asturias. La Cueva del Bufón de Vidiago". *Revista Ibérica*, vol. XIX, nº 481, págs. 316 y ss.
1931 "La necrópolis dolménica de la Sierra Plana de Vidiago". *Actas y Memorias. Sociedad Española de de Antropología, Etnología y Prehistoria*, págs. 163-190.
- FÁBREGAS VALCARCE, R.
1999 "Representaciones de bulto redondo en el megalitismo del Noroeste". *Trabajos de Prehistoria* 50, págs. 87-101.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. y CARRERA RAMÍREZ, F.
2006 "Datación directa de pinturas megalíticas de Galicia", en *Arte parietal megalítico en el noroeste peninsular. Conocimiento y conservación*. Santiago de Compostela. Tórculo Edicions, págs. 37-60.
- GENNEP, van A.
1908 [2008] *Los ritos de paso*. Madrid. Alianza Editorial Antropología.
- GODELIER, M.
1990 *Lo ideal y lo material*. Madrid. Taunus Humanidades.
- GONZÁLEZ Y FDZ-VALLES, J. M.
1973 "Recuento de los túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias". *Archivum*, XXIII. Universidad de Oviedo, págs. 7-41.
- GONZÁLEZ MORALES, M. R.
1990 "El Abrigo de Entrefocos (1980-1983)". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-86*. Oviedo. Principado de Asturias. Consejería de Educación, Cultura y Deportes, págs. 28-36.
- HERNÁNDEZ PACHECO, E.
1919 *La Caverna de la Peña de Candamo (Asturias)*. CIPP. Memoria nº 24. Madrid. Museo Nacional de Ciencias Naturales.
- JIMÉNEZ-GUIJARRO, J.
2010 *Cazadores y campesinos. La neolitización del interior de la Península Ibérica*. Madrid. Real Academia de la Historia
- JORGE, S. O.,
1986 *Povoados da Pre-historia recente da região de Chaves-V. P.ª de Aguiar*. Porto.
- LÉVI-STRAUSS, C.
1985 *La potière jalouse*. Paris. Librairie Plon.
- MALLO VIESCA, M. y PÉREZ PÉREZ, M.
1971 "Pinturas rupestres esquemáticas de Fresnedo, Teverga (Asturias)". *Zéphyrus* XXI-XXII. Universidad de Salamanca, págs. 105-138.
- MALUQUER, J. de
1956 "La técnica de incrustación de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en La Meseta durante la Edad del Hierro". *Zéphyrus*. Vol. VII, págs. 179-206.
- MANNONI, T. y GIANNICCHEDDA, E.
2003 *Arqueología de la producción*. Barcelona. Ariel Prehistoria.
- MARTÍNEZ HOMBRE, E.
1964 *Vindius*. Madrid. Edición en multicopia.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. y CHAPA PRUNET, T.
1980 "La industria prehistórica de la Cueva de la Paloma (Soto de Las Regueras, Asturias)", en M. Hoyos et al. *La Cueva de la Paloma (Soto de Las Regueras, Asturias)*. Excavaciones Arqueológicas en España 116. Madrid. Ministerio de Cultura, págs. 115-204.
- OBERMAIER, H.
1916 *El hombre fósil*. Madrid. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas.
- PETREQUIN, P. y JEUNESSE, C. (dirs.),
1995 *La hache de Pierre. Carrières vosgiennes et échanges de lames polies pendant le Néolithique (5400-2100 av. J.-C.)*. Paris. Éditions Errance.
- SANTA-OLALLA, J.
1930 "Cerámica incisa y cerámica de la cultura del vaso campaniforme en Castilla la Vieja y Asturias". *Anuario de Prehistoria madrileña*. Vol. I. Ayuntamiento de Madrid, págs. 99-129.
- TILLEY, C.
1994 *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*. Berg Publishers. Oxford/Providence.
- VEGA DEL SELLA, Conde de la.
1916 *Paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Memoria núm. 13. Madrid. Museo Nacional de Ciencias Naturales.
1923 *El Asturiense. Nueva industria preneolítica*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Memoria núm. 32. Madrid. Museo Nacional de Ciencias Naturales.